

Comunicar al mundo la propia experiencia del encuentro con Cristo

Roberto Fontolan

Responsable del Centro Internacional de Comunión y Liberación.

1. La comunicación como reverberación de la experiencia

«**S**i no proponéis [...] lo que os hace libres, en primer lugar significa que no lo tenéis afianzado en el corazón». Así, en 1975, Don Giussani, hablando a sus hijos, les desafió de manera provocadora en un punto: ¿Qué tan importante es para vosotros lo que habéis encontrado? Si realmente cuenta, debéis decirlo a todos. Como ha recordado Benedicto XVI, «Afirmar: “creo en Dios” nos impulsa [...] a ponernos en camino, a salir continuamente de nosotros mismos, justamente como Abrahán, para llevar a la realidad cotidiana en la que vivimos la certeza que nos viene de la fe: es decir, la certeza de la presencia de Dios en la historia, [...]».

Cada uno de nosotros que viva un hecho, una experiencia fundamental de su vida, tiene no sólo la capacidad sino el deber de decirlo. La comunicación no es una cuestión de una “profesión laboral” – no hay alguien en la sociedad que tenga la tarea de comunicar y los otros no –, porque cada uno de nosotros está destinado a la comunicación. Estamos hechos para comunicar, de la misma manera como estamos hechos para ser amados y amar. Nadie puede permitirse vivir sin esa conciencia: el decir al otro está en nuestra naturaleza.

¿Cuál es entonces el problema? Que muy a menudo, nosotros los cristianos, nos centramos en la primera parte de la frase de Giussani – proponer lo que nos hace libres – para demostrar que es verdadera la segunda parte – lo que tenemos afianzado en el corazón. Por ello, muchas veces el problema de comunicar nuestra experiencia se reduce al ansia de dar a conocer, encontrar la estrategia más adecuada, saber ser capaces de utilizar las nuevas tecnologías, estar “sintonizados” con los nuevos lenguajes. Sin desmerecer la importancia de todos estos detalles, que en sí la tienen, sinceramente el punto a tratar es otro.

¿Cómo nace una “comunicación eficaz”?

Es interesante el hecho de que un ejemplo de esto provenga de un texto, escrito sin tener en cuenta una estrategia en particular sino simplemente por un deseo de «anunciar» lo que se había visto con los propios ojos y que se había tocado con las propias manos.

Hay un hermoso comentario del gran erudito y filólogo de la Literatura occidental Eric Auerbach sobre el episodio de la traición de Pedro, que capta agudamente el corazón de la pregunta. Auerbach dice, hablando del relato: «Trátase, en último término, de una acción policíaca y sus consecuencias, en la que intervienen totalmente gentes ordinarias del pueblo, lo que, todo lo más, puede ser concebible en la antigüedad como bufonada o comedia. ¿Y por qué no es así, por qué despierta en nosotros el interés más solemne y trascendental? Porque nos presenta algo que ni la poesía antigua ni la historiografía antigua nos han presentado jamás: el nacimiento de un movimiento espiritual en el fondo del pueblo humilde, en medio de los sucesos vulgares del día, con lo cual alcanzan éstos una significación que jamás pudo prestarles la literatura antigua. Despiertan ante nuestros ojos “un nuevo corazón y un nuevo espíritu”». Continúa Auerbach, y compara el valor narrativo de los Evangelios con el modo descriptivo de los autores reconocidos de la época: «[...] casi toda la obra del Nuevo Testamento han sido escritas en medio de las circunstancias mismas y en forma que lleguen a todo el mundo; y no hay en ellas ni visión ordenadora racional ni intención artística. Lo intuitivo-sensible que aquí aparece no es fruto de una imitación consciente y, por lo mismo, raramente se lleva hasta el fin; si se presenta es porque va adherido a los hechos que se narran, o porque se manifiesta en los gestos y palabras de los hombres interiormente conmovidos, sin que se haga el más mínimo esfuerzo para darle forma. [...] Tácito y Petronio quieren presentarnos plásticamente, el uno, episodios históricos, el otro, una cierta clase social, y, desde luego, dentro de los límites de determinada tradición estética; el autor del Evangelio de Marcos ni abriga esa intención ni conoce tradición semejante, y, por así decirlo, casi sin querer y por la sola virtud de la conmoción interna de sus personajes, su exposición cobra densidad plástica. Su relato se dirige a todos; todos son invitados y hasta forzados a pronunciarse en pro o en contra; el mero no tomarlo en cuenta constituye ya una decisión».

Me parece que Auerbach ha descrito bien el punto que debemos clarificar. Porque si vivimos una experiencia como la de los apóstoles, si vivimos la misma convivencia con Cristo que ellos habían experimentado, nos sorprenderemos de cómo este hecho contiene en sí mismo la fuerza, una

fuerza enorme, que se llama comunicación. Exactamente como en el ejemplo de los Evangelios, la historia surge no por una técnica, no por un determinado estilo, no por retórica, no por el buen uso de los instrumentos. Y mucho menos por algo que se produce después, que viene añadido, como si la cuestión fuese primero vivir y luego ponerse el problema de cómo decirlo. La comunicación tiene lugar porque la experiencia de un hecho contiene en sí mismo su historia y – como perspicazmente observa Auerbach – este relato es ya una retórica, es ya un estilo, es ya un verdadero medio de comunicación. Entonces, si es así, se impone, irrumpe en la escena del mundo con una fuerza sin precedentes e imprevista, tal vez incluso revertiendo las normas y los cánones, mas sin preocuparse de estos últimos.

Entonces, volviendo a la frase de Giussani con la que hemos empezado, el hecho de que nos importe mucho lo que nos hace libres, no deriva del resultado de nuestro compromiso o esfuerzo, sino, como en el ejemplo que hemos leído, de un asombro tan grande que compromete toda la vida, hasta el punto que no podemos callar frente a los demás. Pero este tipo de estupor puede ser suscitado –exactamente– de la misma manera como lo hace el autor del Evangelio de san Marcos – sólo por una presencia excepcional y contemporánea.

2. ¿Puede creer un hombre culto de nuestros días?

¿Sigue siendo esto posible hoy en día? Uno tiene que preguntarse con Dostoievski: «¿Un hombre culto, un europeo de nuestros días puede creer, creer en la divinidad del Hijo de Dios, Jesucristo?». Cada individuo, de hecho, viene al mundo en el contexto histórico de un pueblo, que tiene su propia cultura, es decir un modo particular de mirar y de ver la realidad, y por medio la cual es inevitablemente condicionado. ¿Qué nos dice la realidad en la que estamos inmersos? Nos dice que somos hombres para los que los presupuestos de la fe – y por consiguiente también la fe misma– ya no son tan claros. Si esto no llega a traducirse necesariamente en un rechazo explícito de la fe, entonces de manera lamentablemente evidente esta llega a ser concebida como algo irrelevante en la vida “concreta”. A lo sumo la fe puede ser reducida a “valores éticos”, a la piedad, a rituales, pero al tratar la relación entre el hombre y el mundo real – entre el hombre y el amor, el dolor, el trabajo, la política – esta queda de lado y muy a menudo somos nosotros los cristianos de los primeros en hacerlo. Como si en ciertas cuestiones y situaciones de la vida la fe, después de todo, no tuviese lugar. Pero entonces, volviendo de nuevo a la pregunta con la que comenza-

mos, ¿cómo podemos se puede tener algo afianzado en el corazón que no tiene lugar entre los aspectos más importantes de nuestra vida?

Esta ruptura entre la fe y la cultura se remedia al querer que nuestro anuncio vuelva a ser creíble. El mundo no será capaz de redescubrir la conveniencia del Cristianismo sino a través de alguno que lo testimonie.

3. La naturaleza profunda del deseo del hombre. ¿Y cuál es la conveniencia del cristianismo hoy en día?

En primer lugar, hacer descubrir al hombre la naturaleza verdadera y profunda de su propio deseo. La crisis actual, de hecho, antes que religiosa es antropológica. De acuerdo con George Steiner, uno de los hombres más agudos y eruditos de nuestro tiempo, «es plausible que el “homo” haya llegado a ser “sapiens” y que los procesos cerebrales hayan evolucionado más allá del mero reflejo del instinto, cuando se planteó la cuestión de Dios [...]: Nosotros somos criaturas habilitadas para afirmar o negar la existencia de Dios. Somos – el famoso “ergo sum” – en la medida que nos esforzamos por pensar en el ser, en el no-ser (la muerte) y la relación de esta polaridad con la presencia o ausencia, la vida o la muerte de Dios».

Cualquier persona, incluso una persona sin fe, si se mide lealmente con la estructura humana, no puede dejar de reconocer el hecho de que el hombre en el fondo está impulsado por un deseo de infinito que nunca puede ser completamente apagado. Don Giussani llama «sentido religioso» esta capacidad de la razón para expresar su naturaleza profunda en la pregunta última, inevitable pregunta para cada uno. Cada corazón humano tiene dentro de sí exigencias no cancelables. La Felicidad, Belleza, Justicia, Verdad, ¿no son más que otras flexiones de la pregunta sobre Dios? ¿Quién me ha querido? ¿Por qué me ha querido?

En cualquier latitud, en cualquier período de la historia los hombres han buscado respuestas a las mismas preguntas inexorables. Estamos hechos del mismo barro, del mismo corazón, de la misma razón, de las mismas preocupaciones.

El primer paso que nosotros los cristianos están obligados a hacer en la comunicación de la experiencia del encuentro con Cristo hoy es redescubrir – nosotros primero, porque hemos visto que es un problema que nos afecta directamente –, y decirles después a todos que con Él nada de nuestra humanidad se debe censurar. Que a través de Él, descubrimos nuestra verdadera estatura humana más profunda: «Cuando conocí a Cristo, me descubrí como hombre», decía Mario Victorino. Antes de cualquier mensaje o

contenido se requiere el renacimiento de un ser humano consciente, que utilizando la razón según toda su extensión, se meta a trabajar avisado, movilizado por esas exigencias fundamentales y universales. «No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy “yo”, y sólo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre».

Pero, ¿es esto posible? ¿Es posible que un hombre moldeado por esta cultura, en la que todo parece conspirar para silenciar sus preguntas más profundas, redescubrir la parte más verdadera que lo constituye, este deseo de infinito que no se puede callar?

4. Alargar la razón

Aquí se comprende toda la magnitud de la batalla, que Benedicto XVI ha dirigido durante su pontificado, por ampliar la razón.

Debido a que esta cultura en la que estamos inmersos, no tanto por haber abandonado los principios propuestos por la Iglesia, cuanto por una reducción en el uso de la razón en clave exclusivamente positivista, de la cual está excluido todo lo que no entra en el ámbito de lo verificable o falsificable.

Pero son del todo evidentes las limitaciones de un concepto de una tal razón. En este sentido no podemos olvidar la brillante metáfora del bunker, usada por Benedicto XVI durante su peregrinación apostólica a Alemania, por la que «La razón positivista, que se presenta de modo exclusivo y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas, en los que logramos el clima y la luz por nosotros mismos, sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios».

Solamente una razón abierta al lenguaje del ser puede dejar espacio para una fe que no sea percibida como un añadido irrelevante. Y sólo si nosotros aceptamos usar de la razón según toda su extensión – y no reducida a lo medible o demostrable o a lo lógico – podremos superar el dualismo que condena la fe como carente de interés por la vida de cada hombre.

Se necesitan testimonios que pueden hacer brillar la belleza, la racionalidad, la inteligencia de una vida que ponga un reto a la cultura de la se-

cularización: un ser humano que viva en el mundo real pero de una manera diferente. En este sentido es todavía más actual la verificación de la fe que Luigi Giussani evocaba proféticamente: «una fe que no se pudiese hallar en la experiencia actual y del presente, confirmada por ella, útil para responder a sus necesidades, no sería una fe en grado de resistir en un mundo donde todo, todo, decía lo opuesto».

5. Aferrados por la Verdad

Pero, ¿por qué nosotros los cristianos podemos aportar una novedad liberadora y razonable? ¿Tal vez porque somos los guardianes de la verdad? No, porque nadie es dueño de la verdad, es la verdad la que nos posee. Exponiendo este concepto frente a sus antiguos alumnos reunidos en Castel Gandolfo, Benedicto XVI utiliza un término – en mi opinión – interesante. Decía que estamos «aferrados» por la verdad. Esta palabra – *aferrados* – es la misma que el presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Julián Carrón, ha querido comentar la decisión del Papa de renunciar al ministerio petrino, al hablar de la «increíble libertad de un hombre aferrado por Cristo». La consecuencia de los que se dejan aferrar y guiar por Cristo, la verdad hecha carne, lo ha testimoniado el Papa con su propia persona, sorprendiéndonos «un acto de libertad sin precedentes, que privilegia ante todo el bien de la Iglesia. Así muestra ante todos que está totalmente confiado al designio misterioso de Otro. [...] El gesto del Papa es un reclamo poderoso para que renunciemos a cualquier seguridad humana, confiando exclusivamente en la fuerza del Espíritu Santo». Se ha tratado de un recordatorio tan fuerte que ha afectado no sólo a los católicos, sino a toda la humanidad, que por un momento se detuvo.

Y aquí volvemos de nuevo al punto con la que empezamos: no era una estrategia de comunicación para crear la maravilla del 11 de febrero pasado, sino la relación decisiva y total del Papa con el Señor de la vida.

Benedicto XVI nos muestra en primera persona que es el único modo de comunicar al mundo el encuentro con Cristo: dejarse aferrar por Él. Es necesaria nuestra continua conversión a Él, un retorno constante a su persona. «el cristiano no se une a ninguno fuera de Jesús».

6. La auténtica esperanza se apoya en Cristo

Y con la misma claridad, su sucesor, desde la elección del nombre de Francisco, nos dice «dónde tenemos que fijar la mirada. Como el pobre de Asís, el Pontífice declara no tener otra riqueza que Cristo, y no conocer otra

manera de comunicarla que el simple testimonio de su propia vida». Francisco nos muestra dónde podemos apoyar la verdadera esperanza: «No seáis nunca hombres, mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; de saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables..., y ¡hay tantos! Nosotros acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro». Me parece interesante que el Papa, en uno de los primeros actos después de su elección, haya querido exhortar – especialmente a los jóvenes – a no perder la esperanza. Lo mismo hizo Juan Pablo II, en su discurso de inicio de pontificado, con la frase, que después se hizo famosa: «No tengas miedo, abrid de par en par las puertas a Cristo». Y también Benedicto XVI quiso retomar la invitación del amado predecesor, con motivo de la celebración de su primer año como Obispo de Roma. Pero ¿por qué estos tres últimos papas han querido iniciar esta manera sus respectivos pontificados? Y, sobre todo, en la realidad por muchos aspectos dramáticos que hoy vivimos, ¿quién más tiene el coraje de hacer tales declaraciones, sobre todo si se dirigen a los jóvenes? Estas exhortaciones a la esperanza y a no tener miedo, no nacen de censurar toda la problemática que nuestro tiempo trae consigo, sino porque, mientras se experimenta la misma condición que todos viven, puede ser razonable afirmar algo positivo.

¿Por qué? Debido a que nuestra esperanza no se basa sobre la confianza en la capacidad o en la coherencia humana, sino en el hecho de que Cristo ya haya ganado.

Y esto crea una certeza tan grande que es capaz de «hacernos libres» de todo temor y que sólo se puede entender como un reflejo del deseo de comunicarlo a todos. No es por casualidad que Giussani dijo que la misión es «la forma original del diálogo cristiano». Un diálogo que viene de saber que todos estamos unidos por un destino común. Y esto, por cierto, es otro gran descubrimiento del encuentro con Cristo: que en la unidad con Él nada permanece extraño. La relación con Él nos abre a todo y a todos, por eso la misión tiene una tensión universal y no es auténtica si no está abierta a todos. Una conversión continúa en la relación constante con Él.

Pero, para ser portadores de esta novedad, tenemos que ser nosotros mismos, en cierto sentido, una y otra vez, los primeros destinatarios de

nuestro anuncio. El camino de la conversión, de hecho, nunca llega a un punto final de llegada. ¿Por qué razón? Debido a que el camino del cristiano es un continuo «impulsarse en su carrera para aferrar» de uno que «ya ha estado aferrado». Pues no nos confrontamos con un hecho del pasado, sino con Jesús vivo hoy en su Iglesia y, por eso, necesitamos relacionarnos con Él, en un continuo retorno a Él. Es necesaria una convivencia con Él, desde el momento en que es este el método que Jesús ha elegido para comunicarse con el hombre.

Después de todo, ¿qué relatan los cuatro evangelios sino cómo era la vida con Él? También se reportan hechos excepcionales, es cierto, pero el estupor del milagro está destinado a venir a menos si se detiene en la maravilla y se rechaza entablar una relación con Él.

Es sólo en la convivencia que nosotros vamos profundizando la fascinación que hemos sentido al comienzo, pero que se desvanecerá en un bonito recuerdo del pasado si nos negamos a comenzar el recorrido que esta llamada implica y que Él nos ofrece.

Como ha señalado Romano Guardini: «Esta revelación de la divinidad que se manifiesta en la existencia viva de Jesús, no con manifestaciones impulsivas y grandes acciones, sino con un continuo silencioso trascender los límites de las posibilidades humanas, en una grandeza y una vastedad que se perciben al principio sólo como un beneficio natural, como una libertad que parece natural, al igual que la humanidad sensible – expresado en el maravilloso nombre de “Hijo del hombre”, que de buen grado se atribuía – termina por revelarse simplemente como un milagro [...] un paso silencioso que trasciende los límites marcados por las posibilidades humanas, pero mucho más portentoso de la inmovilidad del sol y del temblor de la tierra».

Para dar a conocer la experiencia del encuentro con Cristo, no debemos reportar hechos excepcionales y sensacionales: ellos pueden tener un gran impacto inmediato, pero pronto se olvidan, porque al mundo no le sirven. Lo que el mundo realmente necesita hoy en día – y por eso es realmente convincente del mensaje evangélico – es una cotidianidad, que llega a ser, sí, excepcional; pero no porque ocurren fenómenos paranormales. Llega a ser excepcional porque, sin dejar de ser la vida cotidiana, se renueva por la presencia de Cristo.

Aquellos que reconocen la presencia de Cristo en la vida, que aceptan Su contemporaneidad tienen en sí un poder comunicativo que habla por sí mismo. Y lo vemos así, porque cada uno de nosotros se siente atraído por los hombres y mujeres que hacen transparente a Cristo. Dirigimos nuestra

mirada hacia ellos, los buscamos, vemos en ellos la plenitud de la humanidad, una capacidad de amor, un verdadero ánimo que nos hace decir: «Yo quiero ser así». Pero la belleza del cristianismo es que todo el mundo puede ser así. Y no porque de pronto se vuelve coherente, sin pruebas que superar para llegar a esa plenitud y luminosidad. No se llega a Cristo porque se haya cambiado, se llega a Él porque se está necesitado. Entonces, frente a esta invitación, nadie puede sentirse excluido.